



Una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

Dios no deja de llamarnos a conversión. No deja de mostrarnos el único camino, «Yo soy el camino», por lo que se puede hablar, en lugar de conversión, de un encuentro definitivo con el Señor. Como les pasó a los discípulos camino de Emaús, a Pablo camino de Damasco, a Santa Teresa, que también tiene experiencia de un tiempo anterior al encuentro.

«Parece que quería concertar estos dos contrarios tan enemigo uno de otro como es vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales» (Vida 7,17).

¡Prohibido detenerse en el avance de la vida espiritual! Dice la Santa, determinados para ello.

«Procurar con todas sus fuerzas no ofender a Dios y estar dispuestos y determinados para todo bien» (Vida 9,9).

Dios, por su cuenta, no deja de llamarnos, de empujarnos. No deja que nos detengamos en este camino que hay que andar. Es necesario en la vida espiritual avanzar, cueste lo que cueste, hasta el final. La conversión es primeramente una obra de la gracia de Dios que hace volver a Él nuestro corazón: «*Conviértenos, Señor, y nos convertiremos*». (Lc 5, 21). «*Es Dios el que nos da fuerza para comenzar de nuevo. Al descubrir la grandeza del amor de Dios, nuestro corazón se estremece ante el horror y el peso del pecado y comienza a temer ofender a Dios por el pecado y verse separado de él*»¹. La Santa sentía esto, pero sola no podía.

«Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no le dejaban descansar las ruines costumbres que tenía» (Vida 9,1).

Después de ver algunos descuidos, viene bien recordar algunos remedios. El porqué de tantos fracasos y la causa principal por la que no se alcanza la santidad, se debe a no haber empleado suficientemente todos los medios necesarios y adecuados para conseguirla. Sin el uso de los medios no se puede alcanzar el fin. Esta es la experiencia de muchos sacerdotes, de religiosos, de muchos cristianos. Y no un año ni dos:

"Más de dieciocho años pasé esta batalla y contienda de tratar con Dios y con el mundo» (Vida 8,2-3).

Cuando Santa Teresa estaba atravesando esta dura situación, había vivido ya momentos decisivos en su camino hacia Dios. Tengamos presente esto, pues nos puede ayudar en estos ejercicios, un

¹ Catecismo, no 1432.



tiempo en el que pretendemos cambios en nuestra vida. Puede que algunos de nosotros nos encontremos en una situación espiritual, no todos en el mismo grado, de la que queramos salir, y para ello hay que empeñarse en buscar los remedios a nuestro alcance.

Este proceso de conversión, lo vemos con claridad en *el hijo pródigo*. Había vivido bien en casa del padre, hasta que decide alejarse. Visto así, alejarse voluntariamente de la casa del padre es el pecado. Así le sucedió a la Santa, al principio empezó bien, y poco a poco se fue alejando. [...] En pocas ocasiones como en esta parábola se ve el amor de Dios al hombre caído, derrumbado, psíquica y espiritualmente.

Es el caso del *hijo pródigo*: Apartarse del pecado supone un esfuerzo continuo por recuperar el rumbo perdido. Hay que ser muy humilde, reconocer el pecado, condenar el pecado. Es necesario que cambien las actitudes, inclinaciones, pensar, sentir, obrar en contra de lo que hacemos y esto duele, es algo que se debe cortar. Debemos caer en la cuenta. ¿No es necesario volver de nuevo a vivir más cerca del Padre? Luego, es necesario decidir, ¡*me levantaré!*

¿Cómo lo podemos poner nosotros en práctica? Con el examen de conciencia, recapacitar, reconocer los pecados con deseos de volver para no marcharnos más. Es el primer paso de un alma que retorna del pecado a la gracia, o de la tibieza al fervor. Como aclaración, la preposición “cabe” significa “cerca de, junto a”, y aparece frecuentemente en los escritos de la Santa.

«A mi parecer jamás nos acabamos de conocer si no procuramos conocer a Dios, mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza; y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes. Hay dos ganancias de esto: la primera, está claro que parece una cosa blanca muy más blanca cabe la negra, y al contrario la negra cabe la blanca; la segunda es, porque nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejado para todo bien tratando a vueltas de sí con Dios, y si nunca salimos de nuestro cieno de miserias, es mucho inconveniente» (1Moradas 2,9-10).

[...] Después de haber caído en la cuenta, hay que hacer un firme propósito, en lo que dependa de mí como pecador, con mucha valentía, de no cometer más pecados, consiste en tener firme voluntad y resolución de decir ¡basta! al pecado, porque, sin esta firme decisión, [...] no podremos convertirnos.

En la vida espiritual, la parte ascética es el esfuerzo del hombre, que en este caso se ejercita especialmente en desapegarse de lo pecaminoso y en desear unirse más a Dios. San Pablo invita a ponerlo en práctica: «*Consideraos muertos al pecado, y que no reine más el pecado en vuestro cuerpo mortal*» (Rom 6,8).

De una vez para siempre quiero vivir, de ahora en adelante, sin ese pecado. En estos ejercicios hago el verdadero propósito de romper con tal o cual pecado. Firme en mi decisión, Señor, te digo ¡basta!, y como la Santa te suplico: «*me fortalezcas ya de una vez para no ofenderte*». Yo, desde este momento, me considero «*muerto al pecado*» (Rom 6,12). Esta decisión radical de no querer más volver a consentir en ello hace que ya, «*no reine más el pecado*» (Rom 6,13). Quizás hemos sido pródigos, pero podemos dejar de serlo.



[...] decía San Agustín: «No digas pues: *Mañana me convertiré, mañana contestaré a Dios, y de todos mis pecados pasados y presentes quedaré perdonado. Dices bien que Dios ha prometido el perdón al que se convierte, pero no ha prometido el día de mañana a los perezosos*». [...] Dios es a quién hacemos este firme propósito, porque nos hemos decidido a convertirnos de verdad. Ésta es una decisión que hay que poner en práctica rápidamente, ahora mismo, porque siempre está el peligro de que se quede en buenas intenciones. Hay que hacer en seguida un acto contrario a lo que queremos renunciar para siempre, decir el primer «no» a la costumbre pecaminosa. Porque si lo pienso, pero tan solo digo: *¡esta será la última vez que consiento en esto!*, nos estamos dando una oportunidad más. Nos volverá a jugar una mala pasada la tentación, es decir, no hemos hecho nada, siguen las puertas abiertas a cualquier caída. Por lo contrario, como hemos visto en San Agustín: «*¿Por qué mañana, mañana? ¿Por qué no ahora?*» O como la Santa, postrada en el suelo:

«Paréceme le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba» (Vida 9,3).

Escribe la Santa:

«Pues si nunca le miramos ni consideramos lo que le debemos y la muerte que pasó por nosotros, no sé cómo le podemos conocer ni hacer obras en su servicio... Su Majestad nos dé a entender lo mucho que le costamos» (2Moradas 1,11).

[...] ¿Cómo lo podemos poner en práctica? Con la confesión. Es Dios el que llama, quien prepara el camino al pecador. El hombre pecador añora y quiere volver junto a él «*¡Volver junto a mi padre!*». El abrazo del Padre, para devolverle todo lo perdido, «*hay más alegría por un pecador que se convierte*» (Lc 15,7), sin miedo al Padre, porque «*No se complace en la muerte del pecador sino en que se convierta y viva*» (Ez 33,11).

En la Parábola del Evangelio, nada se dice de la madre del hijo pródigo. Sin duda que aquel hijo era huérfano. ¡Si la hubiera conocido! ¡Si la hubiera tenido a su lado en el momento de las tentaciones! ¡Acaso se hubiera podido impedir aquella triste escena! Las lágrimas de una madre pueden mucho. Nosotros, en cambio siempre tenemos a la Madre del cielo, que es todo bondad y ternura para con los pecadores. Es esa Madre que también ofendimos con nuestros pecados, y nos alejamos de ella al pecar ¡qué ingratitud! Pero la Virgen sigue siendo nuestra Madre. Si nos falta confianza para acercarnos al Padre Dios, nos arrojaremos sin temor al regazo de la Virgen Madre, que no se avergüenza de ver nuestros pecados y miserias, porque Ella es Madre de Misericordia, y los más miserables, son los que más le mueven a compasión. Ella es Refugio de los pecadores. No debemos desaprovechar esta ocasión en ejercicios. Nosotros, lo tenemos más fácil que el hijo pródigo, él no sabía si le iban a perdonar, nosotros sí. Él no tenía madre, nosotros sí, tenemos una Madre llena de misericordia. Quizás a la Virgen le rezamos poco, y la hemos hecho llorar mucho, o quizás no, pero ante la escena desgarradora de verla llorar, podemos recordar con añoranza: «*que una madre no se cansa de esperar*». Ha merecido la pena esta situación en la que le puso el Señor a la Santa, porque una vez convertida, decreta:



«Determinadamente se abrace el alma con el buen Jesús, Señor nuestro, allí lo halla todo»
(Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 9,5).

La conversión es algo así como empezar una vida distinta sin esperar que vuelva a tener posibilidades de volver atrás. Y la Santa nos pone en aviso para no parar hasta el final:

«No os espantéis, de las muchas cosas que es menester mirar para comenzar este viaje divino, que es camino real para el cielo. Gánase yendo por él gran tesoro, no es mucho que cueste mucho a nuestro parecer. Tiempo vendrá que se entienda cuán nonada es todo para tan gran precio. Ahora, tornando a los que quieren ir por él y no parar hasta el fin, que es llegar a beber de esta agua de vida, cómo han de comenzar, digo que importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 21,1-2).

Ya lo vemos, ¡siempre estamos a tiempo si de verdad lo queremos! Es una ocasión para volver a comenzar de nuevo. «Dios es misericordioso, y no desea nada más ardiente que el que nosotros nos acojamos a su misericordia. Quien se ha confesado abre una nueva página en blanco en el libro de su vida»². ¡Cuánta ventaja lleva para estas cosas el alma que está en gracia!, porque, algo muy importante en ejercicios, es hacer una buena confesión, para comenzar una vida nueva, mucho mejor.

†

Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!

² Youcat, Ed. Encuentro, 2011. nº 226.